

Artículos y Comentarios

Aquí España

De cuando hubo diversión en la Cuba de ayer

Por Mario Parajón



Morín escribe un libro sobre la vida teatral cubana anterior a la revolución y me cuenta que se muere de tedio. ¿Es que hay algo que valga la pena que se cuente? Lo hay, don Francisco, lo hay. Lo primero: el ambiente era de alegría. Eramos felices. Ensayábamos una obra durante cuatro semanas largas, la representación duraba un día y éramos tan alegremente irresponsables que nos sentíamos los reyes de la creación. Trabajábamos en el Valdés Rodríguez, la escuela de la calle 6 para llegar a la cual era menester cruzar entre muchos árboles y por cierto muy frondosos. En Línea y 6 había un café casi hecho por un emparrado. Allí entretenía su triste vida un profesor español exiliado, soltero, hermano de una hermana sonriente y gruesa. La hermana del hermano había sido en España una actriz famosísima. Intérprete de D'Annunzio, de Ibsen, de Strindberg y de Chejov su éxito había conocido escenarios y más escenarios, siempre cosechando unos triunfos que ya los quisiera Margarita Xirgu para su regazo. Yo me sospechaba que aquella vida teatral eran tan verdadera como la de María de los Santos Estrabón, una gordiflona que a los veinte años hizo de vendedora de churros en una revista musical en Payret. Tenía que subir a escena y gritar: "¡Churros, vendo churros!", y después marcharse. Quedó tan feliz con su trabajo que se pasó luego medio siglo contando que había protagonizado. *La Dama de las Camelias*, *Felipe Derbiay*, *Pepita y sus hombres* y *El pétalo que se fue a volar*.

Nosotros íbamos al café de la calle 6 luego de oír aquel sin fin de inventos, y eso servía para que ensayáramos luego más a gusto. Nues-

tro repertorio era más variado que el de Jouvert. Lo mismo estrenábamos a Gironoux que a Tennessee Williams. La noche de la *premier de Casa de Muñecas*, Gaspar de Santelices salió a escena, se apoyó en la repisa de la chimenea y medio decorado se tambaleó como un gigante venido a menos. Cuando se fue a estrenar *La Sirena Varada*, el director se empeñó en cambiarle el final, lo cual fue motivo para que se armara un broncazo de primera entre él y una dama amiga del autor detrás del escenario. El público oyó la voz del primer actor: --¿Y por fin que final hago? Le contestó una vez aguda: --El que usted prefiera, amiguito, el que usted prefiera.

Don Rafael Suárez Solís estrenó una obra en el Martí. Se levantó el telón, transcurrieron las primeras escenas del acto primero y don Rafael juzgó desde su palco que su obra era aburrida. Era la historia de un bodeguero cuya mujer coqueteaba con el barrendero de la farmacia. Don Rafael se indignó consigo mismo. ¿En qué pensaba yo cuando escribí semejante idiotéz? De pronto no se pudo contener y gritó: ¡Esto es un desastre! Le contestó de otro palco un entusiasta de la pieza. Se armó un careo fenomenal. Intervinieron las fuerzas de seguridad y allí mismo se suspendió la representación. En la estación de policía nadie quiso creerle a don Rafael Suárez Solís que él era el autor de la obra:

--¡Pero si usted la ha pateado!

Es que al verla representada me pareció horrible.

--¡Usted es un viejo loco!

--O un artista cuerdo.

Nadie lo comprendió.

Nuestro enemigo era el teatro español de principios de siglo. Los Quintero eran dos hermanitos ñoños y Benaventes un Wilde a la madrileña. A los críticos les temíamos y a la vez nos bur-lábamos de ellos. A uno de ellos le anunciaron que se estrenaría la *Hécuba* de Eurípides y anunció en el periódico el estreno del *Eurípides de Hécuba*. Otro

Otro se hizo famoso por su afición a las rubias recién llegadas; y teníamos una crítica tan seria como la columna de Hércules y que pronunciaba la palabra sopapeo con silbido de serpiente primeriza:

--Nosotros no vamos a tolerar que nos sopapeen.

Cuando se estrenó la *Salomé* de Wilde Ana Sáenz tenía dieciocho años. Era una belleza. Exigió al director que le devolvieran su capa no bien terminara el número de baile que ella representa ante el rey: defendía su pudor. Se le prometió formalmente que así se haría.

Y llegó el momento de la famosa escena. El público vio el cuerpo de Ana sin capa, mucho más vestida por cierto que cualquier actriz de hoy. Ella fue en busca de la misma al terminar el baile y se encontró con que el director la había sustraído. Tuvo que hacer el resto de la obra temblando de frío y de pudor.

Aquí tiene don Francisco una colaboración su arsenal.